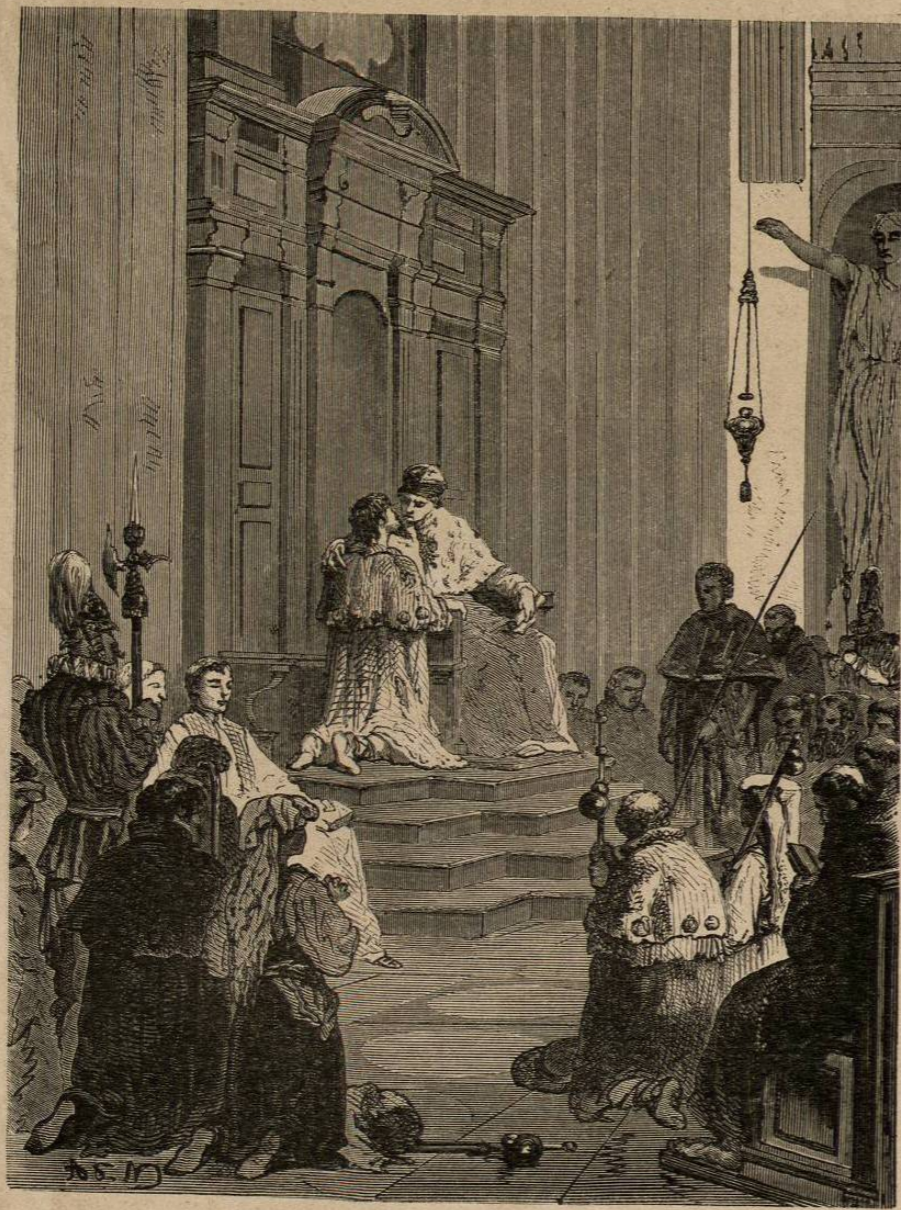


líneas de la perspectiva, calculadas con arreglo á un punto de vista tomado desde mas lejos, se rompen y el prestigio desaparece.

2.º Mientras examinaba la iluminacion, la comitiva del papa salió de la capilla Sixtina. A su cabeza iba la cruz; el papa marchaba bajo un palio, cubier-

to por una sombrilla blanca bordada de oro, llevando en las manos un cáliz magnífico, llamado *Cáliz del monumento*, y cuyo cincelado se atribuye á Benvenuto Cellini. Los cantores de la capilla formaban dos grupos, de los cuales uno seguía la procesion, mientras el otro permanecía en la capilla Sixtina;



El gran penitenciario en San Pedro.

ambos coros se respondian dialogando, y el efecto que esto producía era extraordinario. El papa atravesó la sala Real y pasó al altar de la capilla Paulina, donde puso el cáliz en manos de un cardenal asistente. Un sacristan lo colocó en seguida en una urna llamada *el Sepulcro*: alegoría de la presencia espiritual de Jesucristo en la hostia que se deposita en el altar. Los

coros hicieron oír de nuevo sus voces y siguieron dialogando hasta que se reunieron en la capilla Sixtina; la procesion, rompiendo la muchedumbre, desapareció y volvió á entrar en ella.

3.º Bajé inmediatamente despues de la vuelta de la procesion por la escalera del patio de los suizos, y fuí á colocarme en la galería adornada de



Interior de San Pedro.

estátuas que termina el corredor de la derecha, dando frente á la fachada de San Pedro. Esta galería, en la cual no se entra sin billete, está admirablemente situada para asistir á la bendición pontificia, pues se halla casi á la mitad de la altura de la *loggia*, y la distancia la hace parecer como al mismo nivel: distancia no tan grande sin embargo que impida oír en el silencio y en medio de la atmósfera romana una parte de las palabras de la bendición. El interior de la *loggia* estaba adornado con colgaduras carmesí, y el suelo cubierto de ramas verdes y flores; en la parte superior hay para preservarla de los rayos del sol un anchuroso toldo de lienzo blanco sostenido por unas cuerdas atadas á la columnata. Las ventanas que alumbran la galería del vestíbulo estaban henchidas de curiosos que esperaban la Cena. En la plaza había hoy jueves, poca gente, relativamente hablando, pues los romanos no acuden á recibir la bendición sino el día de Pascua, al paso que los viajeros que no han de volver á ver la Cena ni el Lavatorio de pies, lo sacrifican todo para ver estas dos ceremonias el Jueves Santo. El tiempo era magnífico, y el sol alumbraba espléndidamente la plaza y los edificios. Delante de mí se estendían las espaciosas azoteas de la *villa* Pamfili, cubiertas de espesa y sombría frondosidad.

Pasado algun tiempo de expectativa, ví á la muchedumbre correr atropelladamente fuera del vestíbulo de San Pedro, y en un instante el espacio comprendido entre la fachada y las estátuas de San Pedro y San Pablo se vió atestado de gente. Los maestros de ceremonias y los cardenales se dejaron ver en el dintel de la *loggia*, y al fin se presentó el papa debajo de un pálio blanco, rodeado de sus abanicos y llevado en hombros de sus conductores, vestidos de encarnado.

El papa se levantó en medio de un profundo silencio, y su voz es tan sonora y poderosa que el texto de su bendición llegó casi enteramente hasta mí, recitada lentamente y casi cantando; primero habla sentado, y sólo se levanta al pronunciar la última frase; entonces abre los brazos, los estiende sobre la multitud y pronuncia las últimas palabras. Resuena en aquel momento el estampido del cañon de San Angelo, y las bandas militares reunidas en la plaza pueblan el espacio con sus armoniosas notas. He olvidado decir que las tropas formadas en masa llenaban una parte del espacio comprendido entre la escalinata de San Pedro y el obelisco.

El papa tenía á su lado, como siempre cuando lee, un clérigo con un cirio encendido; tenía además libres las manos, es decir, no llevaba báculo, pues este adorno tan elegante está proscrito del ceremonial pontificio por una antigua tradición. Refiérese que San Pedro envió unos misioneros á predicar á los sa-

jones del Norte, confiando este cargo á San Materno y á dos de sus compañeros, quienes se pusieron en camino. Murió San Materno en el viaje, y no sabiendo aquellos qué hacer sin su superior, dejaron su cadáver en Tréveris donde á la sazón se hallaban, y regresaron á Roma á esponer su desgracia á San Pedro. Este les entregó su báculo, diciéndoles que tocasen con él á Materno, y que éste volvería á predicar. Ambos misioneros volvieron á Tréveris, y habiendo el contacto del báculo pastoral restituido la vida á Materno, éste, despues de su predicacion en el Norte, fue nombrado obispo de Tréveris. En memoria de que San Pedro se privó de su báculo pastoral para que Materno resucitase, los papas no empuñan aquel sino cuando por casualidad se encuentran en Tréveris ó en su diócesis. Por lo demás, ignoro si la falta del báculo en la mano del papa es tan absoluta como se dice, puesto que algunos grabados del último siglo representan al papa con el báculo en la mano cuando entra en San Pedro despues de la apertura de la puerta de los Jubileos.

Hé aquí el texto de la bendición papal, que generalmente se cree dada á la ciudad y al mundo, *urbi et orbi*, pero en la cual para nada figuran estas palabras:

«Sancti apostoli Petrus et Paulus de quorum potestate et auctoritate confidimus, ipsi intercedant pro nobis ad Dominum. *ñ.* Amen. Precibus et meritis beate Mariæ semper Virginis, beati Michaelis archangeli, beati Joannis Baptistæ, et sanctorum apostolorum Petri et Pauli et omnium sanctorum, miseretur vestri omnipotens Deus, et dimissis omnibus peccatis vestris, perducatur vos Jesus Christus ad vitam eternam. *ñ.* Amen. Indulgentiam, absolutionem omnium peccatorum vestrorum, spatium veræ et fructuosæ penitentiae, cor semper penitentis, et emendationem vite, gratiam et consolationem Sancti Spiritus, et finalem perseverantiam in bonis operibus tribuat vobis omnipotens et misericors Dominus. *ñ.* Amen. Et benedictio Dei omnipotentis Patris et Filii et Spiritus Sancti descendat super vos et maneat semper. *ñ.* Amen.»

Dada esta bendición y despues de retirarse el papa, dos cardenales leen en latin y en italiano la fórmula de indulgencia plenaria concedida á los fieles presentes, y arrojan á la plaza el papel que tienen en la mano. Segun la mayor ó menor fuerza del viento, los dos papeles llegan mas ó menos rápidamente á la multitud que sigue su direccion con cuidado; estiéndose por todas partes las manos, pero sólo dos, mas afortunados que el resto, se apoderan de ellos. Casi siempre los que logran cogerlos son romanos que al efecto se sitúan convenientemente, y luego los venden á buen precio á los católicos que quieren llevarse este recuerdo de la bendición papal.

4.º La Cena y el Lavatorio de pies se celebran al cabo de media hora, pero la distancia que hay que recorrer es grande, y el gentío hace imposible trasladarse prontamente de un punto á otro. A no pertenecer bajo algun concepto á la comitiva del papa, no creo que un viajero pueda ver á la vez la Cena y el Lavatorio de pies. Llegué á toda prisa á San Pedro, pero me fue imposible penetrar en la galería de la Cena, donde era tal la concurrencia que el público, olvidando el sitio en que se hallaba, luchó á brazo partido con los suizos, en medio de los gritos de terror de las señoras.

El Lavatorio de pies que se verificaba antiguamente en la sala ducal, se verifica en la actualidad en San Pedro: la *Cena*, tapicería copiada del fresco de Leonardo de Vinci, decora el fondo de la capilla. Delante se forma un tablado cubierto con paños, al que van á sentarse los que representan los Apóstoles, y á quienes el papa lava los pies. Los Apóstoles figuran tambien en la Cena, y son trece sacerdotes oriundos de diferentes naciones; las embajadas presentan respectivamente los suyos; por lo demás, hé aquí su repartición, segun un reglamento muy antiguo. La embajada francesa presenta uno; Austria, España y Portugal cada cual uno; el cardenal de Estado, uno; el cardenal camarlengo, uno; el prefecto de la Propaganda, dos; el cardenal de los armenios, uno; el capitán de los suizos, uno, y el mayordomo del Vaticano, tres. Total trece. Este número parece extraño, pues en él no figuraba Jesucristo, y habiendo sido eliminado Judas, no debían quedar en la Cena y el Lavatorio de pies sino once personas, pero se cuenta á veces un apóstol mas porque San Gregorio acostumbraba admitir á su mesa doce pobres á quienes mantenía; y habiéndose presentado un día un desconocido á sentarse entre ellos, el cual era un ángel enviado para glorificar al pontífice, dícese que en memoria de esta milagrosa intervencion se ha fijado para el día de Jueves Santo en trece el número de los apóstoles.

Su traje se compone de una túnica blanca con esclavina del mismo color; el adorno de su cabeza es de forma ovalada y se parece á un turbante muy alto; estos representantes de los Apóstoles se sientan en los bancos donde esperan la llegada del papa. Un bañero descubre la pierna y el pie de cada uno de ellos, y el papa lo lava encima de una jofaina sostenida por *busolante*, lo enjuga suavemente y lo besa. Al lado del pontífice hay algunos *busolanti* que llevan agua, tohallas y una cesta llena de ramilletes de flores, ramilletes que los apóstoles llevan á la Cena; y á proporcion que el papa va lavando cada pie, un tesorero entrega á cada apóstol una medalla de oro y otra de plata contenidas en una bolsa encarnada; estas medallas representan por un lado el

busto del papa é indican además el año de su pontificado; por el otro lado se ve á Jesucristo lavando los pies de los Apóstoles.

5.º Terminada esta ceremonia, los apóstoles atraviesan la basílica y el vestíbulo, suben la escalera Real y entran en la galería de la Cena, en la cual no me fue posible penetrar. Antiguamente, la Cena se celebraba en la sala de Constantino, pero el número cada vez mayor de viajeros ha hecho necesario desde hace mucho tiempo mas vasto espacio. En la galería que domina el vestíbulo se ha colocado una larga mesa cubierta de figuras doradas que representan los doce Apóstoles y el Cordero Pascual; hay además flores y trece grandes cestas destinadas á contener los postres; estos constituyen, con los vestidos, los cubiertos de que se sirven y un bolsillo que se les añade, los provechos de los sacerdotes escogidos para figurar en dichas ceremonias. Cuando los apóstoles están sentados llega el papa, á quien algunos *busolanti* presentan de rodillas los platos, y que se retira despues de haber servido algunos manjares destinados á los apóstoles. Entre las viandas figuran siempre cangrejos y pescados fritos. ¿Qué significa este uso? Lo ignoro. Poco despues de salir el papa los apóstoles toman sus cestas, en las que ponen todo lo que ya les pertenece, se levantan y reparten arrojándolas á los espectadores, las flores que componen los ramilletes que les han sido repartidos en el Lavatorio; retráense al fin, y la muchedumbre sale con mucho trabajo atravesando la sala Real. Segun las noticias que pude adquirir, la conducta del público no fue muy edificante, pues asistió á esta ceremonia como á una representación puramente teatral, y como quien no comprende ni su origen ni su significacion.

Entre la Cena y las Tinieblas de la capilla Sistina median dos horas que los viajeros pueden emplear fuera de San Pedro; pero conviene no alejarse mucho, y todo lo mas que puede hacerse es ir á los cafés de la plaza á tomar algun alimento. El desayuno debe bastar para el resto del día, pues para viajar con provecho es preciso saber vivir con poco.

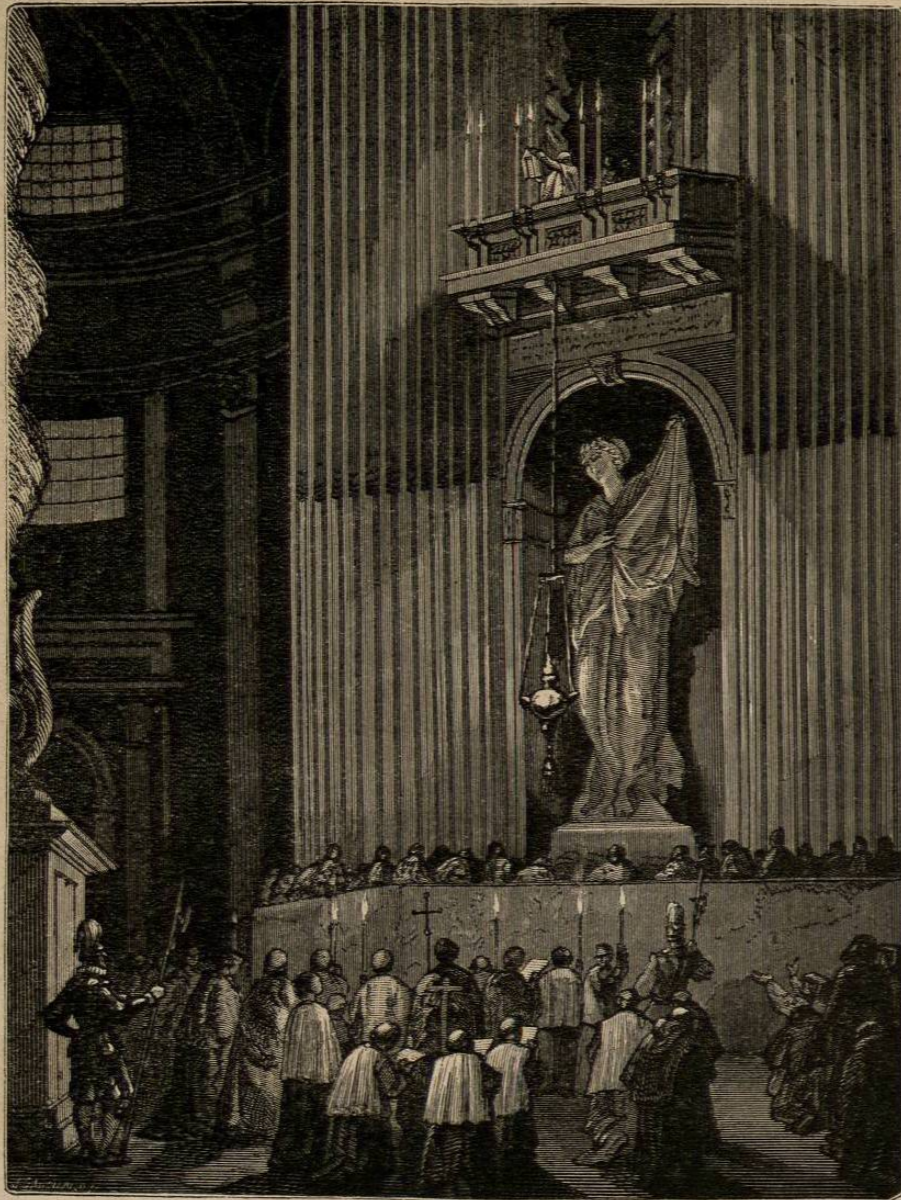
Como, segun una antigua costumbre el Vaticano está enteramente abierto el Jueves Santo desde las dos hasta las cuatro, fui á dar una vuelta por él, para examinar las fisonomías de los curiosos que allí acuden en tropel, y para formar cabal idea del espacio que hay que recorrer. Este espacio es inmenso, pues contiene los mosaicos, el museo de pinturas, las inscripciones, las galerías de esculturas, el brazo nuevo, el Belvedere, etc.; el museo Egipcio, el museo Etrusco, las galerías de los Candelabros, de las Tapicerías, y otras; los aposentos, las *loggias*, la sala de armas y los jardines del Vaticano.

La multitud se derrama en todas direcciones. Los campesinos son siempre curiosos, y algunos, agru-

pados por familias, que quizá nunca han visto á Roma y que tal vez no volverán á verla, se detienen con la boca abierta indistintamente delante de todas las estatuas, y creo no haya uno entre ellos que conozca la diferencia que media entre el mármol

mas ordinario y el Apolo del Belvedere; verdad es, todo bien mirado, que á muchos extranjeros les sucede lo mismo.

Pasa el tiempo prefijado y me dirijo á San Pedro; pero no hay que pensar en entrar en la ca-



Exhibicion de las grandes reliquias.

illa Sixtina, donde la turba se agolpa mas que hasta entonces, para asistir á la ejecucion del *Miserere*. En San Pedro, la capilla de los canónigos contiene un gentío igualmente numeroso, que pugna para entrar en un recinto realmente harto reducido. Dejo para el viernes el estudio de las Lamentaciones, que casi han terminado ya; el gran Penitenciario se aproxima.

6.º A las cuatro y media se celebra la ceremonia del gran Penitenciario, acerca de la cual ya te he dado algunos pormenores al hablarte de mi visita á San Juan de Letran; pero hoy en San Pedro el gran Penitenciario se rodea de formas solemnes que no se observan en los grandes Penitenciaros comunes. En el costado izquierdo de San Pedro se ha preparado un trono inmediato á la estatua de Santa



El Papa celebrando los divinos oficios en la capilla Sixtina.